

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Nº 15

EXTENSION UNIVERSITARIA  
(CONFERENCIAS Y ESCRITOS)

Año 1934

LA CULTURA EN  
HISPANOAMERICA

POR EL DOCTOR

JOSE VASCONCELCS



LA PLATA

1934

## NUMEROS APARECIDOS DE LA SERIE "EXTENSION UNIVERSITARIA"

- Número 1. — *Las reformas de la Constitución de la Provincia de Buenos Aires*, por el doctor Juan A. González Calderón (1928).
- Número 2. — *Defensa de la producción agropecuaria*, por el ingeniero Pedro T. Pagés (1928).
- Número 3. — *Las relaciones entre Sud América y Sud África reveladas por la investigación geológica de las sierras australes de Buenos Aires*, por el doctor Juan Keidel (1928).
- Número 4. — *Coricancha. El templo del Sol en el Cuzco y las imágenes de su altar mayor*, por el doctor Roberto Lehmann Nitsche (1928).
- Número 5. — *Influencia de la agricultura en el desarrollo de las ideas económicas. La situación económica internacional. Los problemas internacionales de la agricultura*, por el doctor Arturo Labriola (1929).
- Número 6. — *Los estudios químicos en Estados Unidos, Alemania y Francia*, por el doctor Carlos A. Sagastume (1929).
- Número 7. — *La influencia de los estudios puros en la formación de una nueva conciencia*, por Jorge F. Nicolai (1929).
- Número 8. — *La transformación del Establecimiento de Santa Catalina*, por el doctor Ramón G. Loyarte (1929).
- Número 9. — *Procedimientos no medicamentosos en Cardioterapia*, por Jorge F. Nicolai (1929).
- Número 10. — *Alma Mater* (discurso leído en el acto de asumir la Presidencia de la Universidad Nacional de La Plata), por el doctor Ricardo Levene (1931).
- Número 11. — *La Ciudad universitaria*, por el doctor Ricardo Levene (1931).
- Número 12. — *El Día panamericano*, por el doctor José Abel Verzura (1931).
- Número 13. — *Investigación, enseñanza universitaria y cultura general*, por el doctor Ricardo Levene (1933).
- Número 14. — *La Edad Media y la empresa de América*, por el doctor Claudio Sánchez Albornoz (1933).

L A C U L T U R A E N  
H I S P A N O A M E R I C A



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Nº 15

EXTENSION UNIVERSITARIA  
(CONFERENCIAS Y ESCRITOS)

Año 1934

LA CULTURA EN  
HISPANOAMERICA

POR EL DOCTOR

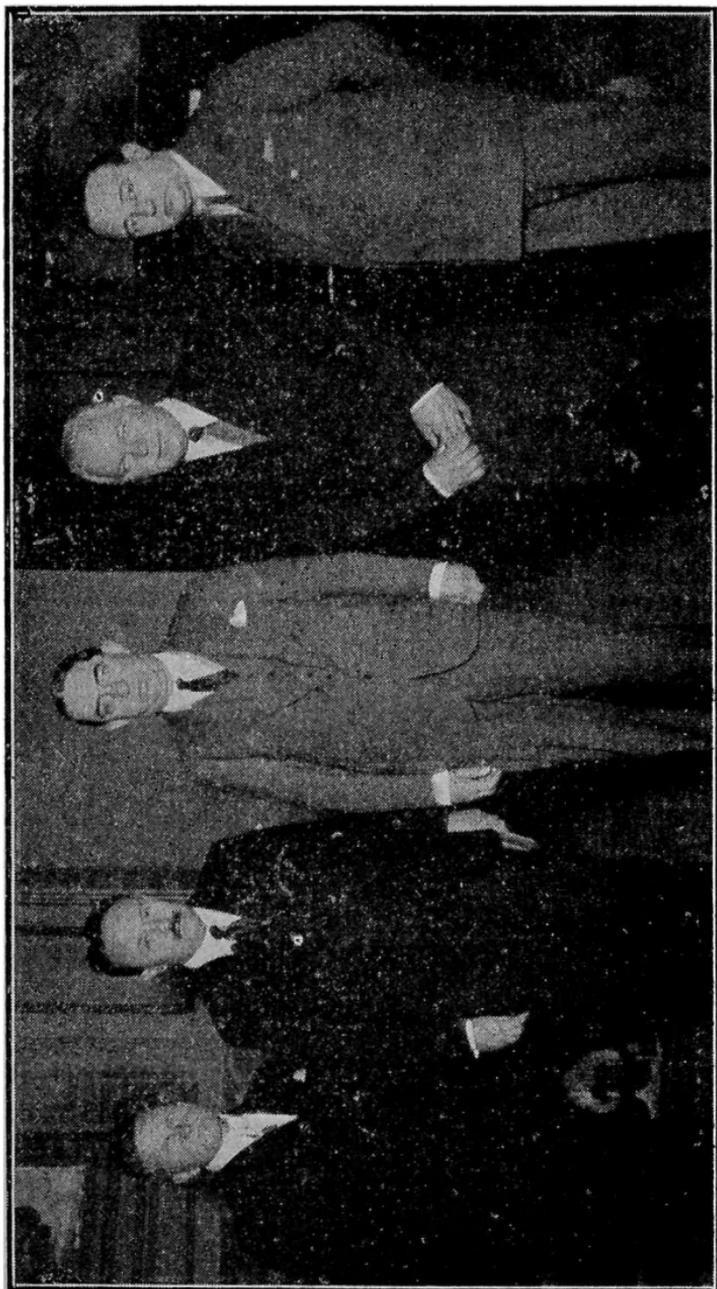
JOSE VASCONCELOS



LA PLATA

1934





El doctor José Vasconcelos, ex Ministro de educación de Méjico,  
en su visita a la Universidad de La Plata.



## L A C U L T U R A E N H I S P A N O A M E R I C A

---

Afirma Ratzel que “la sumisión del habitante de la parte más cálida al de la parte más fría es un fenómeno natural que no deja lugar a dudas”. Y al decirlo otorgó autoridad seudocientífica, en el campo de la geografía, a una doctrina que, en todos los demás órdenes del saber, proclamara el siglo diecinueve, era cumbre de los anglosajones. Limitándonos por ahora a la geografía, observaremos que Humboldt, el genial, habría sido el primero en hallar peregrina y arbitraria una afirmación tan absoluta, dado que sus propios estudios y la realidad de su tiempo, le revelaban, situada en la meseta

mexicana, de clima templado, la mejor civilización del Nuevo Mundo, la más avanzada por la técnica y por el espíritu.

También la historia arqueológica de América podría ser erguida para contradecir al ilustre geógrafo del apostolado nórdico, pues nadie duda hoy de que, fueron los mayas la raza más civilizada de la América precolombina, y sus establecimientos hállanse totalmente dentro de la zona casi tórrida de Tabasco, Campeche y Guatemala, desde la cual dominaron todo el territorio del México actual, más Arizona y Nuevo México. Posteriormente, una serie de civilizaciones se turnan en la meseta mexicana, al borde mismo de las tierras cálidas y en cambio, en el norte frío, no prosperan sino el búfalo y el piel roja. Situación parecida se mantiene durante todo el período de la dominación española que sostuvo en Lima y en México, imprentas, universidades, iglesias y teatros, en una época en que el Norte, por la misma Nueva Inglaterra, se dedicaba al comercio de pieles en bruto y a la azotaina de herejes, víctimas de la secta

puritana, dominadora austera pero cruel y rutinaria. Y bien pudo Humboldt asegurar, apoyándose en los testimonios americanos y en la historia europea, que: es el clima cálido el más propicio para el desarrollo de imperios que, como el de Egipto, ilustraron a la humanidad europea, incluso a Grecia, la buena discípula. Pero Humboldt, sabio en grande, lograba precaverse de las afirmaciones apresuradas y sólo hizo constar lo que más tarde confirmarían Bompland y Reclus, a saber, el tesoro de energías que el trópico reserva a la humanidad, particularmente por la región amazónica.

La tesis de Ratzel, sin embargo, pudo aparecer inconcusa en el momento en que la asentara. Fué aquella época, pleamar de las invasiones de ingleses y alemanes en el Africa, de norteamericanos en nuestro mundo. Y pudo creerse, en efecto, a raíz de la conquista de Puerto Rico y al día siguiente de la enmienda Platt, que el sueño panamericano se consumaba, aun antes de la fecha imaginada por sus profetas. El ejemplo de

Texas, conquistada cuarenta años antes, nos demostraba lo que podía esperar el iberoamericano de tal avance racial imperioso. Toda la población mexicana, es decir, hispanoamericana de California y Texas, población en su mayor parte tan blanca como el más blanco criollo argentino, como el más blanco español de Castilla, hallábase ya sumergida, desposeída de sus bienes, bastardeado su idioma, proletarizada de alma y de cuerpo. Idéntica suerte pesó por un instante sobre toda la población hispanoamericana. Y con razón se preguntó el poeta de Nicaragua refugiado en la Argentina: “¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?”

## BIOLOGIA DE LA COMPETENCIA

Y por el interior de nuestras naciones del Norte se desencadenó la lucha. Sus rasgos fueron peores que los de una guerra. Se trataba de la defensa del patrimonio dentro de los linderos de una presunta soberanía. Las tierras del trópico mexicano empezaron

a ser compradas por las empresas norteamericanas. Vendían sus patrimonios modestos el mexicano y su aliado natural el español, y en su reemplazo llegaban hombres de traje blanco acompañados de maquinarias, respaldados por millones de capital, fortalecidos con optimismo victorioso. A menudo sus cordiales maneras ganaban la simpatía de las poblaciones asombradas. Y una parte considerable de la intelectualidad — gréculos del imperialismo nuevo— dedicóse a cantar las excelencias del progreso, el avance de la civilización . . . Así fué ocupada Cuba y así fué ocupado Veracruz, así llegaron los nórdicos, en calidad de propietarios, más bien que de colonos, a Tehuantepec y a Sinaloa. Y así están establecidos en todas las regiones mineras importantes de la América del Sur . . . La doctrina Ratzel recibía sonada comprobación . . .

Pero han pasado treinta años, los primeros de este siglo de renovaciones profundas, y es curioso, es necesario examinar a la luz del día —el día de hoy— la situación del proceso que parecía condenarnos a todos

los seudoblancos —seudoblanco es, según ellos, todo descendiente de español o de italiano— y a todos los indios y mestizos a no ser otra cosa que poblaciones subordinadas dentro de los territorios en que, un día, nuestros padres crearon la norma, dictaron la ley. Al cabo de pocos años, vemos, en globo, que Cuba ha triplicado su población de raza hispánica sin que pasen de unos cuantos millares los colonos norteamericanos. Vemos a Puerto Rico que no sólo repele al inmigrante de Norte América sino que lanza al país del Norte sus sobrantes demográficos. Y recordamos cómo abandonaron a México la mayor parte de aquellos inmigrantes rubios, agobiados, no precisamente por el clima, sí por la quiebra de empresas pérfidamente infladas, tórpe-mente manejadas. Entretanto, el español y el mexicano que en el trópico habían retrocedido ante el nórdico, lentamente recuperaban lo propio y a menudo adquirían las maquinarias, los aperos modernos, en el remate judicial de los neoinvasores. A tal punto que ya no quedarían en la agri-

cultura de México empresarios nórdicos, de no mediar la lucha política que, con pretextos de agrarismo, ha despojado a mexicanos y españoles en beneficio de negociaciones extranjeras apoyadas en la presión diplomática irresistible. Igualmente en Cuba y Puerto Rico el nativo ha perdido, lo mismo que en Texas, la propiedad de sus tierras pero no ha sido desalojado; al contrario, es el nativo quien desaloja y a la larga prevalece. Y esta suerte de inadaptación biológica del nórdico en las tierras del Sur, acompañada de la crisis moral que hoy padece, explica el retroceso en la marea de sus influencias y predominios. En último término, su fracaso en nuestros territorios! Por donde también se mira que, en vez de la ley Ratzel, más bien rige en sociología aquel instinto adaptatriz de que hablábamos en anterior disertación; instinto que llevó a los andaluces a buscar la tierra antillana y mejicana en reemplazo de su solar europeo y llevó a los vikines a establecerse en Greenlandia y estableció los ingleses en torno a las colinas del Hudson y el Delaware, don-

de el panorama de invierno recuerda la Escocia, que es para ellos lo que Castilla, cepa y aristocracia de todo lo nuestro.

### LAS ZONAS DE LA CULTURA

Devueltos de esta suerte a la geografía, séanos permitido establecer una división que ya hace varios años marqué en el estudio: "Aspects of Mexican Civilization - Universidad de Chicago - Conferencias Harris". Se divide el continente, según tal juicio, en cuatro zonas culturales bien señaladas, a saber: 1º Las tierras bajas y frías del Noreste, en las cuales se ha establecido la civilización norteamericana. 2º La región de las mesetas, que comienza en Utah y Nevada y termina en la provincia de Córdoba, de la República Argentina, y el sur de Chile, en las cuales hay desde antiguo civilizaciones. 3º La zona caliente, que comprende las tierras del golfo de México, las Antillas, el Caribe, la zona amazónica y el Brasil, con excepción quizás de su meseta. 4º Las tierras bajas y frías del Sur, que propiamente comprenden solo la Patagonia, puesto que

la misma Pampa en la mayor parte de su extensión, por su clima subtropical, está más bien comprendida en la circunscripción de las tierras cálidas.

La civilización de las tierras frías y templadas del Norte ha llegado a ser casi la primera de la tierra en poderío, y no nos detendremos en ella. Únicamente, por un imperativo de elemental equidad, hemos hecho ver que su desarrollo, basado en la industria, está ligado con el aprovechamiento de los mantos carboníferos, el petróleo y el hierro, y depende de tal aprovechamiento, más bien que de supuestas virtudes peculiares de una raza privilegiada. En efecto, cuando la plata era riqueza en el mundo, los ejemplos de tenacidad de carácter y de enriquecimiento rápido los encontramos entre los mestizos de México. Los grandes capitalistas de América en la era de la plata se llamaron el Conde de Terreros o Borda o García, tal y como más tarde, en la era del hierro, los millonarios se llamaron Carnegi o se llaman Ford. Y también Terreros fundó hospitales, montepíos y escuelas en la zona de

la meseta, mucho antes de que los hubiese en las regiones del frío. De todas maneras, y para no insistir más en el problema de las zonas frías y templadas, digamos también que, si la Argentina en su Patagonia y su Pampa, y a pesar de los millones de su inmigración blanca, todavía no desarrolla en el frío, un estado social comparable al de Pensylvania o al de Virginia, ello se debe, no a inferioridad del temperamento latino, sino a que no basta el frío ni es siquiera el frío la condición del progreso. Lo que hoy llama la gente el progreso, el industrialismo contemporáneo, depende no del frío sino del buen aprovechamiento de los depósitos hulleros y ferruginosos. Y no los hay en el territorio argentino.

Por otra parte, es tan pequeña la zona de tipo templado o frío dentro del territorio de hispanoamérica (la Patagonia y parte de la Pampa, más los Estados mexicanos de Sonora, Chihuahua y Coahuila), pequeña dentro de la enormidad de nuestro continente, que bien puede afirmarse que nuestro destino como gran pueblo está ligado

a la posibilidad de aprovechamiento de las regiones de la meseta y del trópico. Los dos climas discutibles, las dos zonas en donde aún no dicen su última palabra, ni la historia ni la técnica.

Se acepta sin discusión que incas y aztecas, las dos civilizaciones lacustres de la meseta, no pasaron propiamente de la edad de la piedra. No utilizaron los metales a pesar de que sabían fundirlos —según lo comprueban las máscaras, bien conocidas, y algunos utensilios y objetos de arte—, porque, careciendo de combustible en abundancia, no pudieron incorporar el metal a sus industrias. Tuvo que venir la técnica europea importada por los castellanos, en su época los más adelantados ingenieros de Europa, antes de que, en tales regiones del mundo, se conociesen casas de moneda y ferrerías, molinos y carreteras. Alguna vez he escrito que la civilización en su técnica recorre tres períodos: el del tiro en línea recta, por esfuerzo de hombre o de bestia; el de la rueda, tracción de hombre o bestia o vapor, y el de la hélice por propulsión de

motores en barcos, aviones, etcétera. Pues bien: principalmente por la escasez del combustible, la civilización de la meseta, en todo el continente, se había quedado en el período primero y tocó a los españoles generalizar el uso de la rueda con la introducción del caballo de tiro, la mula y el buey. Enorme paso que libertó al indígena de la gabela ancestral del acarreo de bultos y amos sobre los hombros envilecidos. Y naturalmente al surgir el período industrial, ningún sitio de la tierra fué más rebelde a la adaptación nueva que la meseta. Subir el combustible a la meseta es todavía factor de encarecimiento de las operaciones ferroviarias y fabriles de nuestro México, y por eso todo el altiplano se ha quedado atrás, en estos tiempos de maquinismo crudo, en los cuales todas las ventajas han estado de parte de las tierras llanas y próximas al mar; así no cuentan, por sí mismas, con explotaciones metalúrgicas o industriales. Y es de notar que no sólo nosotros, llamados latinos, permanecemos a la zaga en nuestros Tibets americanos, sino que también los

yankees en el Colorado y en Utah han levantado apenas ciudades como las del Lago Salado con sus cuatrocientos mil habitantes, o poco menos, pero culturalmente, aun arquitectónicamente, menores que Puebla la de México o que Córdoba de la Argentina, ya no se diga de Quito o de Bogotá. Y bien, exclamará el lector angustiado: puesto que es así de estéril el altiplano que ni todo el siglo diecinueve yankee logró fecundarlo, ¿qué vamos a hacer nosotros con ese lastre de un tercio del continente, levantado por los aires en situación enemiga de la vida?

Hablamos hace un instante de maquinismo crudo, y el adjetivo no se puso sin reflexión. Así será llamado un día ya próximo, todo el que se funda en la máquina de vapor, la hulla y el petróleo. Y maquinismo perfeccionado, refinado casi como obra de arte, será el que se desenvuelva con la aplicación del flúido eléctrico derivado de la precipitación fluvial, más acusada en el altiplano que en ninguna otra zona de la tierra. Fácil es entonces imaginar lo que se-

rán nuestras mesetas cuando abunden instalaciones como la de Necaxa —doscientos mil caballos de fuerza tomados de una cuenca artificial—. En la tierra baja, entre palmeras, las turbinas y arriba, a mil metros entre pinares, las moradas, los talleres de toda una población dedicada a extraer de la naturaleza el sustento necesario a los cuerpos y a los ideales de una sociedad, más moderna en su incipiente prueba, que todas las usinas que la hulla mueve en Illinois o en Ohio!

Dejemos así apuntado el porvenir de la meseta y ensayemos la consideración de los prodigios que nos reserva el trópico. Es obvio que también esta zona del mundo está esperando la técnica adecuada que la hará su granero y, lo que es algo mejor que el grano, el huerto de sus fruterías. También el taller de sus industrias, la Arcadía de sus venturas por venir. En la técnica del trópico (y mientras nosotros, en nuestra decadencia espiritual, lo abandonamos o lo menospreciamos), están empeñados los laboratorios de las Universidades yankees.

De enfermedades del trópico se ocupan Institutos especiales y en ensayos para sanear marismas se emplean los aviones, regando sales o difundiendo gases. Todo en previsión, en preparación del avance que la humanidad consumará hacia estas tierras de plenitud, que la doctrina nórdica de los últimos años desprestigiara y que hoy vuelven a ser codicia del poderoso y esperanza del idealista.

El panorama del trópico renueva la consideración ya apuntada en los primeros capítulos. No basta la técnica para dominar una región. Y en rigor la técnica no es privilegio de razas, ni siquiera instrumento exclusivo de una conquista cualquiera, sino ventaja humana que es natural que aproveche al que vive en la región y afronta sus riesgos. El futuro del trópico es entonces, más bien un problema de biología étnica que de técnica. Y en este terreno descubrimos la circunstancia venturosa de que no sólo nuestro rival de los últimos tiempos, el nórdico, es hoy, por la crisis moral que atraviesa, un inadaptado que retrocede ha-

cia sus nieves ancestrales, sino que ya desde antiguo es zona de fracaso para el anglosajón la que corresponde a las tierras cálidas de América. Quien desee una prueba considere lo que han hecho los ingleses de Jamaica, una factoría sin perfiles ideales y lo que hicieron los españoles de Cuba, una nación con personalidad. Y así podríamos multiplicar los ejemplos: el modernísimo Colón del canal de Panamá tiene mucho camino que andar, antes de alcanzar al fausto de la Cartagena de Indias levantada por los españoles en el Caribe y todavía señora de aquellos mundos, pese al petrolismo que la agobia.

Un poco más abajo, en el mapa, los brasileños nos dan ejemplo de lo que pueden hacer los tropicales, por su cuenta y paciencia; el saneamiento de Río de Janeiro y la prosperidad industrial de San Paulo, creación de estos latinos calumniados, y en la época misma de su aparente irremediable decadencia. Lo que ocurre en todo esto es que el hombre es más uniforme de lo que suponen los sociólogos de los racismos im-

perialistas y también que el secreto de la eficacia humana está en relación con la productividad del esfuerzo. Pagad bien un operario y lo veréis afanarse. Tan sólo ocho horas disputadas trabaja hoy el obrero nórdico en las usinas que han limitado el monto de los jornales y, en cambio, trabaja catorce el peón a destajo de las haciendas bananeras de México o de Honduras, y en condiciones de que, periódicamente, ha de limpiar del brazo desnudo, con el sudor, el manto de mosquitos que le acosan en la faena. La buena paga da a este indio tropical energías que se suponen privilegio de un teutón.

De lo anotado se infiere, en resumen, que somos los más bien dotados para la lucha que ha de librarse próximamente por la posesión y dominio del trópico y que es allí donde deberemos sentar las bases de un poderío que merezca ser decisivo en los vaivenes del futuro del mundo.

Nuestro propósito firme ha de ser, como tanto se ha dicho, la creación de una cultura que supere las anteriores, no sólo por

su humanidad sino también por su divinidad. Es decir, que sobre los valores simplemente humanos pondrá los valores sobrenaturales, mañana como ayer, primero el alma y después el cuerpo, lo mismo que los misioneros y a diferencia de los "pioners".

### CIVILIZACION Y CULTURA

Hemos hablado de cultura. Sobre lo que es cultura a diferencia de simple civilización, disertan los sociólogos, y nosotros para precisar nuestros objetivos diremos que una civilización es una técnica y una cultura es un florecer colectivo. Una formación del espíritu o, más bien dicho, conformación, para no caer en las nieblas del neohegelianismo y del fenomenismo. La civilización es cosa del cuerpo y de su poder sobre las cosas. La cultura es concreción y eclosión del alma en su despliegue hacia lo Absoluto.

Ilustrando con algunos ejemplos digamos que, en los tiempos antiguos, fué culto el griego y apenas fué civilizado el romano; por lo menos antes de que se rege-

nerase incorporándose al cristianismo. Cultura fué la norteamericana de los tiempos de Emerson y de Poe, y en simple civilización se ha convertido la época del maquinismo a lo Ford. Culta fué la transformación que los misioneros operaron sobre las civilizaciones rudimentarias de incas y aztecas. Explorando, en seguida, en lo individual observamos que es refinada y culta la joven campesina de Italia o de España que no sabe leer, pero disfruta la música de Palestrina y de Monteverde, así trabaje con implementos retrasados. Y es, en cambio, civilizada pero inculta la joven que maneja auto, pero baila el jazz y se divierte con el cine de Hollywood. Civilizado, nada más, es el agricultor de Nebraska que maneja tractores, pero entrega su sentimiento a los "blues" del africano. Y entre dos analfabetos, el campesino francés de técnica atrasada pero que es dulce con los niños, y el musulmán de técnica atrasada también, pero que es brutal con la infancia y pega a los niños, hay toda la diferencia que separa la barbarie de la cultura, aunque sean

ambos, técnicamente, relativamente civilizados.

Cultura es poesía de la conducta y música del espíritu según la fe del cristiano. Civilización es industrializar la agricultura o el arte.

En sus propósitos formativos la civilización tiende a nivelar los valores del espíritu, asimilándolos al objeto que se produce en masa, en tanto que una cultura tiende a la individualización del esfuerzo y la superación de los valores simplemente objetivos.

Todos nuestros antecedentes nos inclinan a preferir el esfuerzo de la cultura sobre el esfuerzo, simplemente civilizador. El siglo de imitación de lo nórdico, siglo de angustia por la conquista de una civilización refleja, está liquidándose. Al prejuicio de la inferioridad de mestizos y de indios, médula innegable de nuestra población, sucede hoy, ante el fracaso del Norte, la convicción de que el secreto de las culturas está en el aprovechamiento adecuado de cada temperamento en su afición y su aptitud.

Así, un futuro Estado ilustrado, pondría el indio a dibujar y el rubio a producir por sistema, mientras la industria se reforma a sí misma. Todos en su aptitud. Ninguno en *sumisión* y cada quien en *su misión*. Y la sociedad habrá hecho algo más que perpetuarse; se habrá realizado en su más alto fin. En tanto que el hombre se dedicará a superarla.

Las ventajas de nuestras tierras desiertas y feraces nos obligan. La humanidad entera espera de nosotros, no una simple civilización, más grande, sino una cultura más comprensiva, libre y justiciera. Se traicionará la esperanza del mundo, si alguien estorba nuestro crecimiento inadulterado. Un compromiso de honor nos impone la invención, consolidación, de una auténtica y autóctona cultura.

---

